

LA SELECCION DE ESTUDIANTES Y LA NOCION DE APTITUD

por el prof. A. FLITNER

De la Universidad de Tübingen

Nota de la Redacción. El presente artículo ha sido reproducido, en traducción del francés, del *Bulletin* de la *Association Internationales des Universités*, y corresponde a su vez a la traducción parcial del alemán de un extenso artículo publicado por el Prof. Flitner en la revista *Universitas*, de Stuttgart, durante 1965. La Redacción del *Boletín* ha considerado conveniente entregarlo a sus lectores en atención que a pesar de tratarse de extractos de un trabajo más amplio, este artículo desarrolla adecuada y unitariamente importantes puntos de vista de este científico universitario acerca de la idea de aptitud escolar y de sus determinaciones y efectos más próximos en el proceso educativo, tema éste de efectiva vigencia en nuestro país.

Conviene mejorar los métodos de formación en las universidades y en las escuelas pedagógicas superiores con el fin de poner en pie allí programas más intensivos y más atractivos y abreviar los períodos de estudio. Con este fin, se hace necesario reforzar los cuadros docentes, sobre todo en el rango intermedio de la jerarquía, y es entre los profesores de liceo donde convendría ir a buscar tales cuadros, toda vez que ellos allí se encontrarán.

Convendría igualmente disponer vías paralelas de acceso a la universidad a fin de poder llevar a ella nuevas categorías de personas. Pero para ello habría necesidad de maestros. Ahora bien, no los tenemos y no podemos tenerlos porque nos faltan bachilleres. En breve, nos encontramos ante un círculo vicioso, o más exactamente, dentro de una espiral de dificultades crecientes.

Se ve aquí que la universidad no puede permanecer al margen al pretender que solamente le interesen los alumnos más brillantes a los que ella podrá más tarde dispensar una formación realmente científica. Si se continúa, por otra parte, reclutando para los liceos maestros que carezcan de calificaciones verdaderas, el nivel general de los futuros estudiantes lo sufrirá inmediatamente en todos los dominios. La universidad deberá pues colaborar con los esfuerzos que se intentarán para salir de este círculo vicioso.

Se ve por doquier que todo el sistema de enseñanza es arrastrado por la dinámica social de nuestra época, esa dinámica de la cual sólo recientemente, y con un cierto espanto, han tomado conciencia los liceos y las universidades. Esta actitud de recelo tiene ciertas razones históricas e ideológicas propias de Alemania, pero también es cierto que ellas se explican por una cuestión legítima y científica: ¿no implicará fatalmente este vuelco súbito hacia la enseñanza su declinación cualitativa? ¿Cuál es en una justa medida nuestro potencial de aptitudes para los estudios secundarios y superiores?

No tenemos necesidad de detenernos largamente en la tesis que pretende que el número de nuestros bachilleres corresponde desde ya al de aptitudes llamadas teóricas. En la República Federal, afirma por ejemplo Albert Huth, la proporción se sitúa en alrededor del 5% de la población. De esta manera se podría, con una serie de test, defender el *statu quo*: no sería preciso esperar el descubrimiento de más aptitudes que las que nuestras universidades abrigan actualmente.

Para refutar una tesis tal basta citar algunas estadísticas: en Sarre, el 4% de cada grupo de edades termina el primer ciclo secundario; en el Schleswig-Holstein, el 24%; en Rhenania-Palatinado, el 4% pasa el *Abitur*¹, y en la vecina Hesse, el 8%.

El número de los bachilleres de la ciudad de Berlín es relativamente dos veces más elevado que el de la ciudad de Hamburgo.

Aun en el caso de que ciertos factores pudieran falsear algunas de estas cifras —por ejemplo el peso estadístico de la ciudad de Francfort sobre la de Hesse—, se aprecia que ellas acusan diferencias que a nadie se le ocurriría explicar por las leyes de la herencia o por la disparidad de los niveles requeridos. No se podría pretender, por ejemplo, que los habitantes de Schleswig-Holstein sean seis veces superiores en agilidad intelectual a los de Sarre.

Estas solas comparaciones nos enseñan que, mucho más que las aptitudes, son las posibilidades ofrecidas por la enseñanza las que deciden la carrera escolar de muchos niños.

Conviene sin embargo preguntarse si es verdaderamente en los distritos menos favorecidos que se encuentran las reservas de aptitudes más rápidamente mobilizables. Bien entendido, conviene alentar las medidas de urgencia que se toman en todas partes y que la justicia social impone, en esos distritos. Es posible, sin embargo, que dichas reservas sean aun más considerables en las ciudades y que sea justamente en los sectores en que el sistema escolar es el mejor y el más denso donde se pueda de inmediato formar el mayor número de bachilleres.

Conviene en esas condiciones verificar si nuestro sistema de admisión y de selección cumple su finalidad. Desde el punto de vista metodológico, esto no re-

¹Test de selección vigente en Alemania Occidental al que los estudiantes secundarios deben someterse para ingresar a la enseñanza superior.

sulta tan sencillo, pero yo querría indicar cómo hacer el esfuerzo para abordar este asunto.

En primer término, se puede observar la correlación entre las notas obtenidas en el *Abitur* y los resultados obtenidos en la universidad. Este trabajo ha sido emprendido en gran escala por Peter Orlik. Ahora bien, se comprueba que la correlación es más elevada de lo que se podría esperar, siendo el valor predictivo de las notas en idiomas más elevado en muchos de los dominios que el de las notas en las materias más cercanas a las que se estudiarán en la universidad.

No puedo aquí tratar de interpretar en detalle este hecho, pero esta correlación nos advirtió que no debíamos apresurarnos demasiado en reprochar a nuestro sistema escolar su autonominado "verbalismo". Parece, en todo caso, que el *Abitur* no funciona mal en tanto que modo de selección y de evaluación con vista a los estudios universitarios.

Resulta esto muy de otra manera en lo relativo a los exámenes de admisión al liceo y a los exámenes instituidos al fin del primer ciclo secundario (*mittlere Reife*)... Las cifras parecen indicar que entre los alumnos que dejan la escuela en este último estado, la mitad podría haber pasado el *Abitur* con éxito. Las dificultades que experimentan muchos alumnos en este estado, que corresponde a la edad de la pubertad, pueden ser consideradas como una crisis pasajera.

Estos hechos contienen implícitamente una crítica a nuestro sistema de selección, en una época en que nosotros debemos enfrentar una carencia tanto de bachilleres como de personal docente. Conviene pues, mejorar nuestros instrumentos de evaluación a fin de poder poner en marcha nuevos medios de promoción escolar: orientadores escolares, cursos de reaprovechamiento y organización sistemática de lo que los padres tratan de lograr de modo disperso por medio de lecciones particulares. Tales medidas sistemáticas son particularmente necesarias para aquellos cuyo medio cultural y social impide desplegar todas sus potencialidades y que, como la estadística lo indica, fracasan en una proporción cada vez mayor a la mediana.

En los distritos escolares más desfavorecidos, no bastará con la creación de nuevas escuelas, sino que será preciso aun dotar éstas de los medios que permitan a ciertos alumnos sobremontar los handicaps sociales, como por ejemplo el nivel lingüístico inferior de los padres o su incompreensión, la ausencia de bibliotecas en sus hogares o bien la carencia de un lugar tranquilo donde poder trabajar.

Sin embargo, debemos ir más lejos y preguntarnos en qué medida este concepto de aptitud escolar o universitaria que hasta el presente hemos dado por

adquirido resiste a un análisis científico. La palabra aptitud es un término del lenguaje común donde se encuentra mezclada a numerosos elementos que, científicamente, deben ser considerados separadamente. La sicología vulgar entiende la actitud como un conjunto de disposiciones hereditarias que cada uno recibe con su nacimiento. El lenguaje común parece confirmar esta concepción al hablar de músicos o de matemáticos natos. En orden a su equipamiento hereditario tal estaría pues dispuesto para los estudios y tal no lo estaría. Cuando los profesores comparten semejante sicología, consideran ellos las notas de los alumnos como una evaluación objetiva de aptitudes. El análisis más superficial basta, sin embargo, para demostrar que no se podría hablar más que en forma figurada de aptitudes para tal o cual actividad, o de vocación innata para tal o cual profesión. Los idiomas o la música son creaciones de nuestro medio cultural con el cual el recién nacido no tiene para comenzar la más mínima noticia. La profesión de médico, por ejemplo, exige un aprendizaje de 25 años, el conocimiento del hombre, la experiencia de la vida, la madurez moral y social y aun muchas otras cosas más, bien que cuando se habla de un médico nato se quiere decir cuando más que una serie de disposiciones generales le han ayudado a recorrer el largo y difícil camino por el que se llega a ser médico. Sin embargo, no sabemos aún en qué medida los dones más simples y más generales, como la habilidad manual, son realmente hereditarios o si ellos están en función de la actitud con el mundo en la primera infancia. Estudios recientes han mostrado claramente cómo los primeros gestos de exploración táctil y de asimiento de objetos, dependen del grado de seguridad y de libertad síquica del niño, y cómo dependen ellos en una sorprendente medida del ritmo motor de los padres. Todas las tentativas para poner entre paréntesis la biografía y las numerosas experiencias exteriores, y para aislar la aptitud "pura", no están en todo caso más que en el comienzo. De todas maneras, ellas no podrían aportar gran cosa a la cuestión que nos ocupa aquí, a la de la aptitud para los estudios que supone la familiaridad con ciertas tradiciones, la constancia, la motivación, la disponibilidad intelectual y muchos otros elementos aun. Pero si todo esto no puede ser comprendido sino como el resultado de una vida anterior, conviene incluir la biografía en el concepto de aptitud. Las condiciones síquicas y sociales del crecimiento no son separables en absoluto de tales dones. Heinrich Roth ha dicho que el don era todo lo que los educadores y la vida *daban* al niño.

Se consideró durante largo tiempo que el núcleo de la aptitud era la inteligencia, que se tenía por dada

en su composición misma como sucede con un grupo sanguíneo. Un ejemplo demostrará que esta concepción ha debido revisarse a sí misma, y que la inteligencia (o al menos la inteligencia medible) debe ser considerada como variable.

En los Estados Unidos se ha procedido a efectuar experiencias sobre las posibilidades de aumentar la inteligencia gracias a los medicamentos.

Los experimentos realizados con glutaminas han parecido particularmente concluyentes. Rudolf Bergius ha repetido estos experimentos al examinar paralelamente al grupo tratado y a un grupo de control igual en número al que no le han sido aplicados sino medicamentos facticios, sin que los psicólogos encargados del examen pudieran distinguir entre un grupo y otro. Después de tres meses de tratamiento el resultado era perfectamente claro: las perforaciones de inteligencia eran palmariamente más elevadas que antes del tratamiento y en este sentido los resultados americanos parecían confirmados. Sin embargo, no eran solamente más elevadas entre los niños que habían sido efectivamente tratados, sino que eran casi iguales dichas performances entre los que en el hecho no habían recibido ningún medicamento. Lo que había provocado la estimulación de las funciones intelectuales no era pues otro medicamento que la atención misma deparada a los niños, los exámenes psicológicos regulares, el contacto individual creado con cada uno de ellos.

Avanzando aún un paso más, debemos preguntarnos lo que significa, para la concepción que nos hacemos del hombre, el hecho de que éste pueda modificarse a sí mismo mediante sus propias exigencias.

No podemos, sin embargo, exponer este grave problema antropológico sin tratar de analizarlo.

Lo que queremos demostrar por medio de ejemplos es que en la aptitud escolar se encuentra, al lado de ciertas constantes, un gran número de factores dinámicos determinados por las condiciones sociales, la situación personal y las motivaciones psicológicas. Estos factores están lejanos de sernos del todo accesibles, pero la tarea de la investigación pedagógica consiste en conocer con precisión creciente los factores que sí nos lo son. Nuestro actual sistema de enseñanza postprimaria reposa aún en gran medida sobre postulados que científicamente han sido refutados: primero que la aptitud escolar es ya suficientemente comparable en los niños de 10 años; en seguida que nuestro sistema de selección funciona de modo satisfactorio; luego, aun, que el potencial de aptitudes intelectuales se encuentra esencialmente concentrado en las clases cultas tales como las que existen actualmente; finalmente, que conviene entrar en la vida profesional con estudios terminados, para decirlo de algún modo, con un saco de víveres bien provisto que debe bastar para toda la carrera futura. No obstante lo anterior, la situación de la ciencia y aun la de los profesionales, evoluciona tan rápidamente que desde ya debemos pensar en una nueva organización. Los 13 ó 14 semestres que el estudiante actual consagra a sus estudios, quizás sean en definitiva demasiado cortos y no demasiado largos, pero sí mal llevados. El estudiante debería entrar en su profesión después de 8 ó 10 semestres de estudio, pero a su vida profesional deberían ser sistemáticamente integrados períodos fijos de perfeccionamiento científico.